

Algo en la mirada, pero buena nariz

Montserrat ABUMALHAM

Departamento de Estudios Árabes e Islámicos
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

A lo largo de los siglos, poetas árabes de distinta procedencia han descrito objetos, paisajes y personas haciendo uso del sentido del olfato más que del sentido de la vista.

Palabras clave: Literatura árabe, poesía árabe, sentido del olfato, perfume.

ABSTRACT

Throughout the centuries, Arab poets from different countries have described objects, landscapes and people using the sense of smell much more than through sight.

Key words: Arab Literature, Arab Poetry, Sense of smell, Perfume.

Todos los niños saben, desde que pueden sostener un lápiz, que el mar es azul. Sin embargo, los árabes llaman a ese mar que todos consideramos nuestro, el Mar Blanco. Son múltiples los ejemplos de confusión de colores que pueblan la Literatura Árabe de todos los tiempos y, entre los proverbiales, se halla describir como blancas a espadas y lanzas:

*¿No consideras dulce la victoria si no es aquélla
en la que las blancas espadas y los excesos de arrojo se dan la mano?*¹

¹ En M. Abumalham, *Mirando al Mundo árabe en un paseo por su Literatura* (inédito) Epílogo I. El poema es de al-Mutanabbi, poeta de la corte de Alepo (siglo X).



En una ocasión anterior, señalaba cómo desde la descripción de los grandes espacios abiertos de las estepas de Arabia, poco a poco los árabes, en su Literatura, habían ido aproximándose al objeto, para terminar fijando la mirada en los más pequeños detalles de sus jardines y espacios amurallados. Cómo habían abandonado las cabalgadas heroicas por el desierto, en medio de animales salvajes que en solitario o en manadas les acompañaban en sus correrías, y habían optado por la lírica de los animalillos domésticos y urbanos: las palomas, las alondras, las tortolas o incluso los cuervos. De qué modo habían perdido el interés por las grandes gestas y se engolfaban en describir minuciosamente un dedal, una alcachofa o un níspero. Así desde un poema preislámico que decía:

*Cuánta vaguada he cruzado, desierta como la hondonada de Himar,
donde aullaba el chacal como lo hace el jugador que tiene muchos hijos.*

Pasando por:

*Las rosas que cayeron en la alberca,
y el soplo de los vientos desparrama,
la sangre son que el caballero herido
vierte a través de la loriga rota.²*

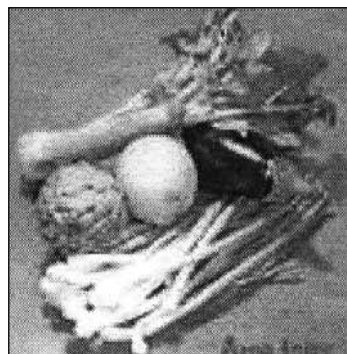
Se llegaba a poemillas como los que siguen dedicados a la berenjena:

Es un fruto de forma esférica, de agradable gusto, alimentado por agua abundante en todos los jardines.

Ceñido con el caparazón de su pecíolo, parece un rojo corazón de cordero entre las garras de un buitre.³

O a un humilde dedal:

*Dedal brillante como los rayos del sol:
si le da el reflejo de una estrella del cielo, se ilumina.*



² Trad. de E. García Gómez, en *XV Siglos de Poesía Árabe*, Granada, 1988, p. 206. El autor es el andalusí Ibn al-Zaqqaq, del siglo XII.

³ *Idem*, p. 81. *La berenjena*, de Ibn Sara de Santarén (siglo XII).

*El orfebre se esmeró en su labor, hasta verter oro en sus extremos.
Parece un pequeño casco, agujereado por las lanzas, y al que un tajo de espada arrancó la cimera.*⁴

Temeroso de su falta de vista, tal vez, es frecuente que el poeta o el autor se conforme con los colores básicos e ignore los matices. Como muestra valga esta descripción del legendario palacio de Gumdan, en Sanà’:

En Sanà’ se encontraba el palacio maravilloso de Gumdan, que fue construido con piedras de diferentes colores para cada una de sus cuatro fachadas: la primera era blanca, la segunda amarilla, la tercera era roja y la cuarta, verde. El palacio se levantaba sobre sólidos cimientos y tenía siete pisos, cada uno de los cuales medía veinte codos de altura y sus techos eran de alabastro. En cada una de las cuatro esquinas había una estatua de un león enorme, y cuando el viento soplabá, penetraba en el interior de las estatuas y al salir por sus bocas se oía como un terrible rugido de león.

*Por la noche y hasta el amanecer se encendían lámparas en las habitaciones de alabastro, que de este modo brillaban al exterior como relámpagos, de tal forma que cuando la gente veía el palacio por la noche, de lejos, decía: Hemos visto en San`a’ una gran tormenta, sin saber que era la luz de las lámparas.*⁵

Este gusto por el detalle, junto con la dificultad de describir matices en los colores, parecía señalar a un ojo progresivamente miope, que pierde la visión de lo lejano y al que el conjunto se le vuelve borroso. Los poetas pegan la nariz al objeto y, como el ojo de un miope tiene ese efecto de lupa en las distancias cortas, los pequeños objetos se vuelven gigantescos. De este modo, la alberca aparece como un océano, poblado de fantásticos peces, y la rumorosa acequia compite con el gran río de turbulento caudal:

La alberca:

*Al mirarse en sus bordes, de noche, las estrellas
Te imaginas un cielo allá instalado.
Los peces retenidos no alcanzan su confín
Por la distancia que hay entra una orilla y otra,
Y por ella navegan, alados, como pájaros,
Cayendo en lo profundo de su seno.*⁶

O la fuente:

*Tazón de perlas, viva claridad,
Orlado por burbujas como aljófar.*

⁴ *Idem*, pp. 81-82. Del poeta sevillano Abu-l-Abbas Ahmad ibn Sid (siglo XII).

⁵ Recogido por M.^a J. Rubiera en *La Arquitectura...*, p. 30.

⁶ En *XV Siglos de poesía...*, p. 95. Es de un poema de Al-Buhturi, poeta de la corte de Bagdad (siglo IX), describiendo una alberca.



*Plata fundida corre entre las perlas,
Que como ellas se torna blanca y pura.
Agua y mármol parecen confundirse
Sin que adivinemos cuál de ellos fluye.⁷*

Tan imperfecta es la visión que el color debe apoyarse en el olor y por ello hallamos descripciones como las que siguen:

El jardín nos había mostrado sus anémonas y daba su perfume el mirto, oscuro como el ámbar.⁸

[...]

*Blanco alcanfor el alba nos ofrece
Y ámbar negro la noche nos retira.⁹*

[...]

Los luceros brillaban allí vivos como brasa; la noche exhalaba ámbar gris.

De esta manera no bastan la belleza o el arrojo para que el poeta dedique unos versos a la amada o se dirija con reverencia al gran señor que merece una loa. Ambos, mujer amada y caballero digno de homenaje han de oler bien. Así, el poeta preislámico Imru'-l-Qays dice de la amada:

*Granos de almizcle cubren el lecho en que aún
reposa al mediodía. Desceñida, en negligente atavío.¹⁰*

Mientras que Farazdaq, poeta de época Omeya, alaba a un descendiente del Profeta con estos versos:

*En la mano lleva un bastón de aroma
fragante,
Y la palma que lo sostiene inspira respeto.¹¹*



Es una constante en la poesía que tanto la persona amada como aquel que merece la loa de un poeta huelan bien. No se trata tanto de

⁷ Trad. De E. García Gómez, en *XV Siglos de poesía...*, p. 244,. El poema es de Ibn Zamrak a la Fuente de los Leones.

⁸ Trad. E. García Gómez, *Poemas arabigoandaluces*, p. 130. El poema es de Ibn al-Zaqqaq, poeta de Alcira del siglo XII.

⁹ Trad. T. Garulo, *La Literatura árabe de Al-Andalus durante el siglo XI*, Madrid, 19978, pp. 122-123. El poema es de Ibn Ámmar, poeta de la corte Abbadí de Sevilla.

¹⁰ F. Corriente, *Las mua`allaqat...*, p. 74.

¹¹ J. Sánchez Ratia, *Treinta poemas árabes en su contexto*, Madrid, 1998, p. 70. La traducción es mía.

que aparezcan perfumados como de que exhalen perfume. Es decir, tanto la amada como quien merece un panegírico, con mucha frecuencia, es alguien que, con su presencia, llena de fragancia el lugar. Sus manos esparcen perfume, sus ropas desprenden gratos vapores y, cuando se ausenta, deja tras de sí un aroma inconfundible que sume en la nostalgia al enamorado o perpetúa la fama del digno de elogio.

Aún hay más. Algo se interpone entre el ojo del poeta árabe y su objeto. Cuando los árabes miran a España, como muy acertadamente señaló Pedro Martínez Montávez¹², no ven la realidad española ni en sus calles y pueblos, ni en sus monumentos ni habitantes. Ven los restos de una gloria andalusí pasada o ven un Al-Andalus añorado y vuelto a la vida.

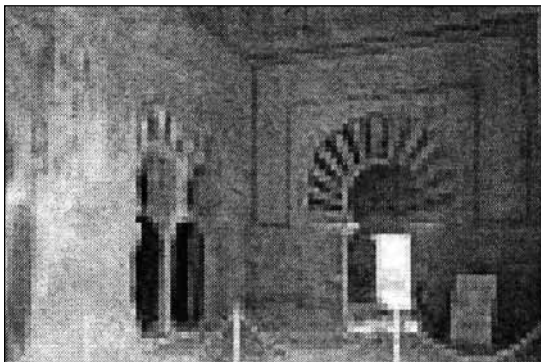
Así sucede con este poema:

*Las calles de Granada, al mediodía,
son lo mismo que campos de azabache.
Y yo, desde mi mesa,
estoy viendo a mi patria retratada
en los ojos inmensos.*

*Viendo los alminares de Damasco,
puestos,
en cada trenza.¹³*

O en este otro:

*Por las calles de Córdoba,
a menudo,
me he metido la mano en el bolsillo
para sacar la llave de mi casa
en Damasco...
Las aldabas de cobre de las puertas...
Las macetas de dalias y de lilas...
Las albercas del centro, como la azul
/pupila de la casa...
Los jazmines que trepan a la alcoba
y nos caen por encima de los hombros...
La fuente, que es la niña mimada
/de la casa,*



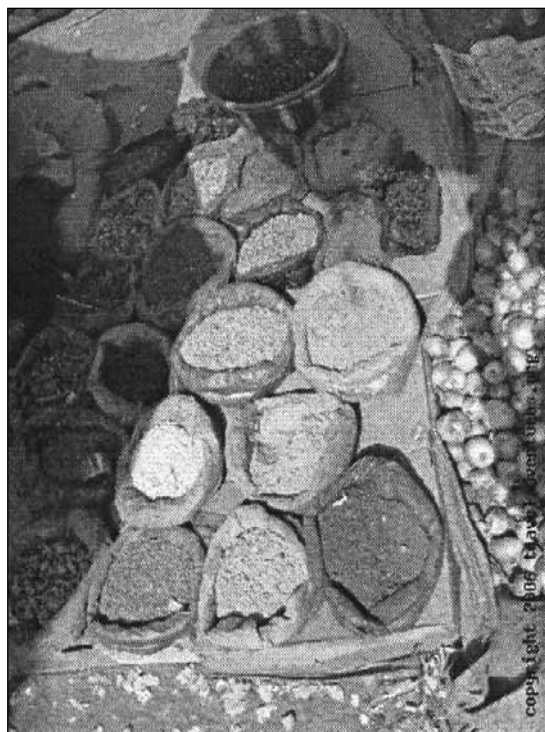
¹² Al-Andalus, España, en la Literatura árabe contemporánea, Madrid, 1992.

¹³ Traducción de P. Martínez Montávez, en Al-Andalus, España..., p. 160. Los comentarios sobre el "mito andalusí" en N. Qabbani mucho más extensos y profundos se pueden hallar en este mismo libro de Martínez Montávez y en su trabajo "Al-Andalus y Nizar Kabbani: La Tragedia", en M. Abumalham (coord.), Mito, religión y superstición en Literatura árabe contemporánea, Cuadernos 'Ilu, revista de Ciencias de las Religiones, Madrid, 1998, pp. 9-24.

*y canta sin descanso...
Y arriba, las alcobas,
¡oh qué gratos refugios de frescor!...
Todo,
todo el mundo dichoso y perfumado
que rodeó mi infancia de Damasco,
me lo he encontrado aquí...¹⁴*

Un último ejemplo de esta mirada extraña sobre la realidad me es muy bien conocido. Voy a permitirme traer aquí un fragmento de un poema de mi padre, quien en una ocasión en Córdoba escribió unos versos, en los que, a pesar de ser un montañés que jamás había pisado las arenas del desierto, al estímulo de la contemplación de la vieja ciudad, dice:

*Cuando el sol sus alas sacude
de las arenas de mi cuna
y el viento acaricia la duna,
la poesía, despierta, acude.¹⁵*

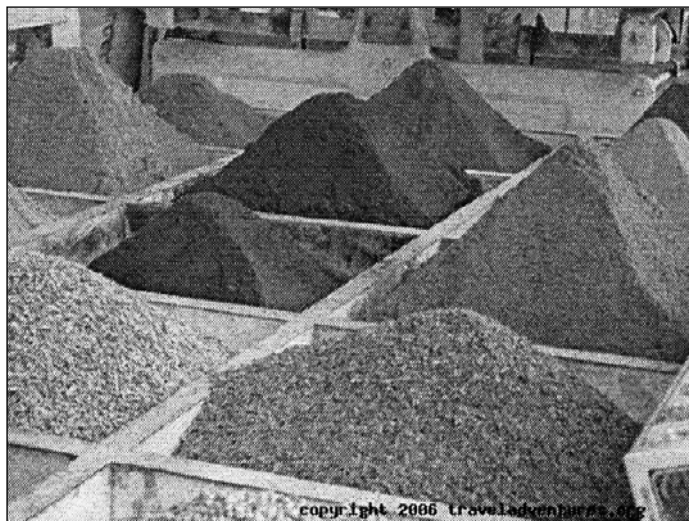


Múltiples son los ejemplos de esta realidad que parece apuntar a que los árabes 'tienen algo en la mirada'. Parece el comienzo de la letra de un bolero, pero es simplemente la constatación de un hecho literario, que, con frecuencia, tiene su reflejo en la realidad cotidiana.

Si los ojos negros y almendrados, tan comunes entre los árabes, padecen, al menos, una enfermedad literaria que afecta a la poesía y a las descripciones, enfermedad que no sé si definir como miopía o hipermetropía, sin embargo, las también frecuentes narices aguileñas no cabe duda de que poseen un excelente olfato.

¹⁴ Traducción de P. Martínez Montávez, en *Poemas amorosos árabes*, pp. 218-219.

¹⁵ *Ídem*, p. 35.



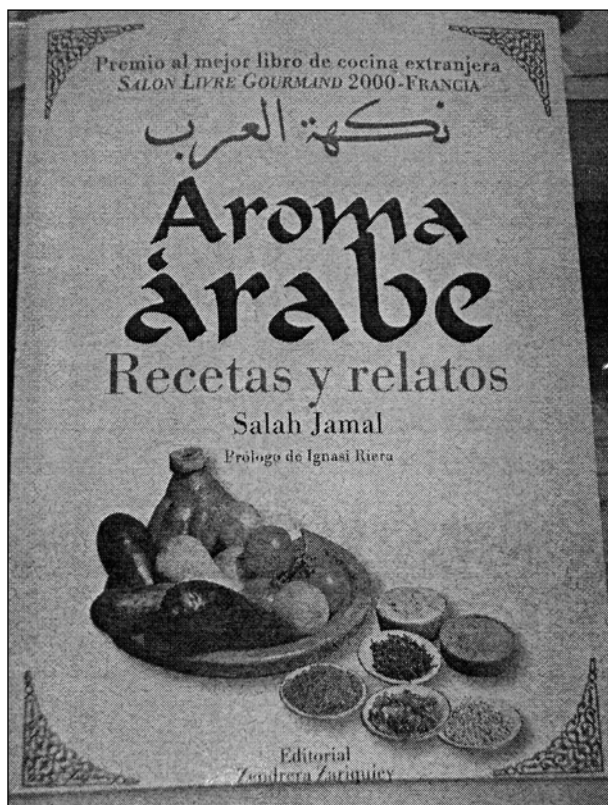
Todos aquellos que han tenido la fortuna de viajar por el mundo árabe recuerdan la intensidad del ambiente que se respira en las calles de los especieros. Por supuesto, a un viajero occidental le llama la atención poderosamente el colorido de los sacos llenos de especias de brillantes colores; rojo, pardo, negro, verde, blanco, ocre y anaranjado. Más de uno ha hecho una fotografía de esos puestos de especias. Incluso se han convertido en objeto de decoración común y carteles de este tipo se encuentran con facilidad en más de un gran almacén de ‘cosas para la casa’. Sin embargo, ese mismo viajero dirá que la mezcla de tanto olores le resultaba pesada y agobiante y que, tras hacer la foto de recuerdo, había preferido salir de aquella zona y callejear por el barrio de los vendedores de alfombras o de los alfateros.

En el año 2000, Salah Jamal¹⁶ recibió en Francia el premio al mejor libro de cocina extranjera en el Salón *Livre Gourmand 2000*¹⁷ por su obra *Aroma árabe*, libro que subtítulo “Recetas y relatos”. Por supuesto no es una obra literaria al uso, sino un recetario ilustrado mediante el recurso a anécdotas personales, más o menos elaboradas, que ponen al cocinero en situación, informándole acerca de cómo o en qué ocasiones se cocinan los platos descritos o acerca de las estrategias de madres o abuelas para hacer más atractivos sus guisos. También estas anécdotas permiten al autor dar rienda suelta a su nostalgia de expatriado.

Pero, si reveladores son los comentarios diseminados por todo el anecdotario que acompaña a las recetas, más lo es aún el arranque de la Introducción, donde dice:

¹⁶ Nablus, 1951. Es médico dermatólogo y Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Barcelona.

¹⁷ Publicado en Barcelona en 1999 con el título *Aroma árabe. Recetas y relatos*, por la editorial Zen-drera Zariquiey. Utilizo la versión de la cuarta edición de enero 2001.



Instantes después de haber entrado en el piso de mis compatriotas, quienes horas antes me habían recogido en el puerto de Barcelona, tras realizar un largo viaje procedente de Palestina vía Beirut, se me acercó sigilosamente un mocetón de veinte años, aunque aparentaba más, gordinflón, melenas mal peinadas y copa de vino en la mano. Ante mi sorpresa, comenzó a husmearme detenidamente, de arriba abajo y viceversa. Soltó un largo y nostálgico susurro y empezó a recitar un famoso verso árabe que él mismo, con añoranza y un grácil sentido del humor trocó. El verso original dice:

*Ojalá que vuelva mi juventud
Para contarle mis penas por culpa de la vejez.*

Y lo convirtió en el siguiente verso, no menos famoso que el original:

*Ojalá que vuelva el falafel
Para contarle mis penas por culpa del chorizo.*

Me asombraron las carcajadas que soltaron mis anfitriones. Con aquello y en una simple interpretación, por lo menos la mía, asumí que yo olía a falafel, olor

*típico del aceite frito por enésima vez. En este aceite se fríen las croquetas vegetales, típicas y muy consumidas en el Oriente Medio.*¹⁸

Así se puede ver con claridad que en la Literatura como en la vida común los árabes tienen algo en la mirada que les distorsiona los objetos y colores, mientras que poseen un olfato envidiable que les permite reconocerse y les sirve de señal de identidad.

En ese mismo sentido es significativo el título árabe del libro *Nakha al-`arab* que, aunque traducido por *Aroma árabe*, en realidad se debería haber traducido por *El aroma de los árabes*.

¹⁸ *Op. cit.*, pp. 15-16.